

# Discursos políticos y resultados electorales en Medellín durante los años noventas\*

*Juan Carlos Arenas Gómez  
Juan Carlos Escobar Escobar*

**E**lecciones, partidos políticos y municipios mantienen un nexo que no siempre se ha hecho explícito. Se puede hallar abundante literatura sobre cada uno de esos temas, pero son escasas las reflexiones sobre sus vínculos. Sin pretender llenar este vacío, las siguientes consideraciones se inscriben en ese horizonte. Se procura examinar, a partir del caso de Medellín, el desempeño electoral de los partidos políticos en el plano local. En ese sentido, se aborda, tanto desde el punto de vista de los discursos como de las estrategias electorales, la emergencia de temáticas como el desempeño de la política local bajo modelos gerenciales, la permanente alusión al suprapartidismo y su puesta en funcionamiento a través de diversas coaliciones así como la participación de los “nuevos” actores como alternativas electorales. El hilo que une esta variedad de asuntos es la crisis por la que actualmente atraviesan los partidos y el desprestigio con que cargan los políticos.

El efecto de dicha crisis y del mencionado desprestigio es que los políticos de manera individual, y a causa del debilitamiento del vínculo con sus organizaciones partidistas, ensayan nuevas estrategias a través de las cuales intentan sacar beneficios

---

\* Avance de la investigación “Partidos políticos y elecciones en Medellín, 1988-1999”, que se adelanta en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Agradecemos la colaboración de Juan Carlos Echavarría en la recolección de información para esta investigación.

electorales del malestar con la política, pero con el costo de inducir un faccionalismo<sup>1</sup> extremo en sus organizaciones partidistas y una aguda fragmentación del sistema de partidos. Cuando esto ocurre se aumentan las probabilidades de que tanto los partidos como los sistemas electorales dejen de cumplir tareas fundamentales como la de agregar intereses y la de reclutar y conformar, con algunos criterios específicos, una élite política más o menos estable.

Que se haga común la solicitud de “gerentes” para la política, la postulación de candidatos “más allá de los partidos” y la emergencia amorfa de alternativas electorales por fuera de éstos, no significa siempre que la democracia esté accediendo a estadios superiores en su desarrollo. Estas solicitudes, que se resumen en muchas oportunidades en la expresión “nuevas formas de hacer política”, guardan un estrecho vínculo con la existencia en las democracias occidentales, y en particular en Colombia, de un malestar generalizado con la política. Dicho malestar, juzgado desde la actuación de los representantes, ha tenido en los políticos y en las organizaciones partidistas un objeto central de las críticas<sup>2</sup>.

Las fuentes del malestar con los políticos son varias. En unos casos dicho malestar se deriva de la percepción de que el oficio de los políticos es cada vez menos representativo y más particular. Las críticas contra la corrupción política, la privatización

---

1 Giovanni Sartori. *Partidos y Sistemas de Partidos*. Segunda edición. Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 97-98. Este autor establece una diferencia entre los conceptos de *fracción* y *facción*. La primera está caracterizada por su nivel de organización, estabilidad y significación electoral y porque logra construir una identidad propia. El concepto de *facción* alude a grupos con niveles mucho más débiles de organización, con un carácter más coyuntural y cuya dinámica se basa fundamentalmente en un liderazgo personalista. En este artículo se usa este último concepto, porque caracteriza de una forma más adecuada el estado de los grupos políticos adscritos a los partidos tradicionales de la ciudad.

2 Al igual que los políticos y los partidos, el parlamento ha sido objeto de críticas. Ellas pueden leerse en un doble sentido. De un lado se argumenta que los asuntos centrales de la política y la economía se resuelven en instancias diferentes al parlamento y se sustraen en muchos casos a la deliberación pública. En tal sentido, el concurso de “expertos” adscritos a la rama ejecutiva sustituye progresivamente las funciones del legislativo. De otra parte, y mucho más ligado con la noción de malestar, se habla del desprestigio del parlamento como escenario donde se visibilizan los “políticos” y en el que, por una especie de transferencia, se extiende el juicio adverso en contra de los políticos a esta institución representativa. Para una ampliación de esta discusión véase: Carlota Jackisch (Comp.) *Representación Política y Democracia*. Buenos Aires, Konrad Adenauer Stiftung-Ciedla, 1998.

de lo público y el clientelismo<sup>3</sup> resumen en parte este malestar. En otros casos la fuente del rechazo a los políticos es la crítica a la llamada “profesionalización de la política”, que tiende a derivar en la conformación de “castas”, que van perdiendo el horizonte de los problemas de la sociedad que representan, en favor de una creciente preocupación por su propia reproducción. Finalmente, una tercera razón del rechazo a los políticos, esta vez surgida en los sectores medios y altos de la sociedad, es lo que se ha denominado como un proceso creciente de “plebeyanización” de la política. Con ello se cuestiona el hecho de que los representantes políticos no provengan exclusivamente de la aristocracia, sino crecientemente de las clases “plebeyas”<sup>4</sup>.

Por su parte, el malestar y el distanciamiento de los ciudadanos con los partidos políticos obedece, en términos generales, al sentimiento de que dichas organizaciones ya no llevan a cabo las tareas que les fueron asignadas en las democracias representativas<sup>5</sup>. En tal sentido, se han formulado cinco grupos de críticas. Primero

- 
- 3 Para una caracterización del “clientelismo moderno” y su funcionamiento dentro del régimen político véase: Francisco Leal Buitrago y Andrés Dávila L. *Clientelismo. El sistema político y su expresión regional*. Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990. Investigaciones más recientes han mostrado cómo se tejen las redes clientelares en dos barrios de la ciudad de Bogotá. Francisco Gutiérrez Sanín. *La Ciudad Representada: Política y Conflicto en Bogotá*. Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997. El rasgo común de estos textos es el tratamiento dado al problema del clientelismo no como una enfermedad sino como el mecanismo a través del cual ha circulado la política en el país en las últimas décadas.
  - 4 El acceso de representantes de los sectores populares a cargos por elección ha sido registrado en la literatura sobre elecciones como una quinta fase por la cual han pasado éstas en occidente y que “representa una continua democratización, con la extensión del sufragio a todos los adultos, la reducción de la edad del voto y de la edad mínima para poder ser representante, la abolición de los requisitos de propiedad y educación para ser representante, los esfuerzos concertados para igualar la relación voto–representación y el pago a los representantes, con el fin de incrementar el número de legisladores procedentes de las clases bajas”. Las otras cuatro fases pueden enunciarse así: 1) restricción de derechos políticos y ciudadanía determinada por la pertenencia a un estado como la nobleza y el clero, 2) normatización de reglas sobre derechos políticos y voto restringido al carácter de propietario o rentista, 3) aparición del electorado de masas, 4) eliminación de restricciones económicas, sociales o de género para sufragar pero con permanentes diferencias de la relación voto representación. Robert E. Dowse y John A. Hughes. *Sociología Política*. Sexta reimpression. Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 399-400.
  - 5 Estos cambios que se operan en el contexto de la democracia contemporánea y específicamente en el papel que en ella juegan los partidos políticos fueron registrados hace más de 40

se argumenta que los partidos no reflejan las divisiones más importantes de la sociedad y que incluso tienden a ocultarlas al utilizar estratégicamente discursos generales sobre problemas que pueden interesar a una amplia gama de electores; segundo, estas organizaciones son desbordadas por problemáticas como el medio ambiente, las discusiones sobre género o la multiculturalidad, asuntos cruciales en la sociedad actual; tercero, se resalta la ausencia de propuestas programáticas de los partidos, carencia que es suplida por medio de estrategias publicitarias en las que lo fundamental es la imagen de los candidatos, lo que acentúa las tendencias al “personalismo”; cuarto, se juzga que los partidos políticos no poseen una organización democrática y que más bien sus estructuras se caracterizan por su verticalidad y la escasa participación de las bases; por último, se indica que los partidos cumplen hoy más la tarea de ser voceros del Estado frente a la sociedad civil, que de representar los intereses de ésta ante aquél, es decir, que el equilibrio entre funciones sociales e institucionales –para usar la terminología de García-Cortarelo<sup>6</sup>– se ha perdido.

El efecto de estos niveles crecientes de malestar con los políticos y los partidos ha sido el surgimiento de diversos discursos al rededor de los cuales se articulan propuestas electorales y de gobierno, que intentan capitalizar el malestar y promover nuevos modos de hacer política, en los que el candidato presenta como su mejor característica el estar más allá de los partidos y la clase política tradicionales. Interesa mostrar que, para el caso de Medellín durante la década pasada, quienes hicieron un mejor uso de esos discursos como estrategias electorales, lograron posicionarse en los cargos de representación más importantes de la ciudad como el Concejo y la

---

años por Otto Kirchheimer, cuando habló del *catch-all people's party*. Su argumento indicaba cinco aspectos de esta transformación que es pertinente mencionar aquí: 1) una marcada desideologización en favor de posiciones estratégico electorales, 2) un mayor interés en establecer contactos con los más variados grupos de interés, 3) una pérdida de peso de los afiliados y del papel de la militancia, 4) un significativo aumento de la importancia de los líderes cuyas estrategias de financiación se orientan más hacia los grupos de interés que hacia los miembros del partido y 5) un importante debilitamiento de los nexos del partido con su electorado, que comporta una pérdida de significado de la implantación social de la organización. Véase: Otto Kirchheimer. “The Transformation of Western European Party System”. En: Joseph la Palombara y Myron Weiner (eds.). *Political Parties and Political Development*. Princeton, University Press, 1966. Citado por Pablo Oñate. “Partidos Políticos” En: Rafael del Águila (editor). *Manual de Ciencia Política*. Madrid, Editorial Trotta, 1997, pp. 251-270.

6 Roberto García Cortarelo. *Los Partidos Políticos*. Madrid, Editorial Sistema, 1985.

Alcaldía, sin que ello suponga la superación del malestar con los políticos y los partidos políticos.

El primer apartado de este ensayo estará dedicado a mostrar los intentos de algunos sectores políticos y sociales de Medellín por salirle al paso al malestar existente con la figura del político, en especial del político tradicional, oponiéndole la imagen del “gerente”, condición ésta que a juicio de muchos resultaba necesaria para convertirse en alcalde. La segunda parte aborda las diversas respuestas al malestar con los partidos políticos: el discurso de los candidatos “más allá de los partidos” que sustentaba la existencia de coaliciones suprapartidistas; los reiterados llamados al fortalecimiento y la modernización del partido, sobre todo por parte de los sectores oficialistas del liberalismo y los discursos “anti-partido” que subyacen a la aparición de los llamados “nuevos actores de la política”. Cerrando el texto, se presentan algunos resultados electorales cuyo análisis permite confrontar la eficacia de esos discursos a la hora de convocar a los electores y de traducir los votos en cargos de representación.

## 1. Los modelos gerenciales: ¿una alternativa frente al malestar con los políticos?

El malestar con los políticos hizo que se generalizara en los años noventas un discurso según el cual es necesario un “administrador o un **gerente** al frente de los asuntos de gobierno” con lo que se trasladan “los conceptos de eficiencia y calidad al interior de las teorías sobre el buen gobierno”. En el caso colombiano, el ingreso de los “expertos” en los asuntos del Estado se comienza a evidenciar desde el primer gobierno del Frente Nacional, uno de cuyos pilares era el impulso racional y sistemático de la planeación. Posteriormente, sería Carlos Lleras Restrepo quien impulsaría más decididamente este proceso con la reforma de 1968. En ese contexto el economista-administrador se opondría crecientemente al político-abogado, subrayando el imaginario de que el primero era portador de lo “moderno” en tanto que su opositor llevaba sobre sí el lastre de lo “tradicional”. De este modo se reforzaba la idea de que estos expertos tomaban decisiones con fundamento en el conocimiento y no en los intereses y que el sistema de control de dichas decisiones ya no se fundamentaba exclusivamente en los criterios políticos de las organizaciones partidistas de apoyo sino en el “juicio de los colegas” y con los criterios que brindaba una misma formación académica<sup>7</sup>. Estas decisiones basadas en el “conocimiento” se

7 Marco Palacios. *Entre la Legitimidad y la Violencia. Colombia 1875-1994*. Santafé de Bogotá, Ed. Norma, 1995, pp. 244-248.

fundamentaban en el mito de la apoliticidad, la neutralidad y la imparcialidad, y en ello residía su posibilidad de sustraerse al debate público.

Hacia la década de los noventa, en el contexto de un creciente ajuste macroeconómico, los “expertos” dejaron de estar presentes sólo en las esferas especializadas del alto ejecutivo, y pasaron a jugar un papel importante en la política electoral de las grandes ciudades. Ellas fueron los lugares privilegiados para estos discursos, debido en parte a la complejidad de la gestión de sus recursos burocráticos y financieros. Frente a esto, la idea de un “gerente” a cargo de la administración local fue tomando fuerza como discurso en las campañas políticas para alcalde. En Medellín, dicha idea fue utilizada por conservadores, liberales e independientes durante varios procesos electorales, con resultados dispares. Como se tratará de argumentar, esta diversidad de resultados frente a un mismo recurso discursivo depende en gran medida de las condiciones en que se combinan las ventajas de una buena “etiqueta” con el apoyo decidido y efectivo de la maquinaria electoral de los partidos tradicionales.

La etiqueta de lo “cívico” constituye el antecedente, en la política local, de la idea del “alcalde-gerente”. Con ella se velaba el vínculo partidista con el fin de atraer el apoyo de los más diversos grupos de la sociedad<sup>8</sup>, de otras organizaciones políticas o, incluso, de sectores abiertamente críticos con los partidos tradicionales. Lo “cívico”, expresaba en parte la crítica a los políticos por su distanciamiento de los problemas específicos de las localidades y retomaba la imagen de un líder idealizado por su compromiso directo con la comunidad. Sugería adicionalmente un punto intermedio entre la imagen del político y la idea de “gerente” que se impondría con mayor fuerza con el paso de los procesos electorales. La etiqueta de lo cívico fue utilizada en la ciudad especialmente por los candidatos conservadores Juan Gómez Martínez en 1988 y Oscar Peña Alzate en 1990 y se constituyó en factor determinante para superar progresivamente la condición de minoría electoral del conservatismo en la ciudad.

La idea de tener un “alcalde-gerente” comenzó a perfilarse en la campaña electoral de 1990. En ésta ocasión fue el liberalismo con Omar Flórez quien más insistiría en este aspecto. En este caso se trataba de resaltar su perfil de joven

---

8 Véase: Pedro Santana. “Los movimientos cívicos: el nuevo fenómeno electoral.” *Revista Foro*. No. 6, Santafé de Bogotá, junio, 1988, p. 55. Allí se analizan con algún detalle las candidaturas inscritas como cívicas, indicando que dicho rótulo funcionó en muchas oportunidades como una estrategia de grupos tradicionales para darle “amplitud y proyección a sus candidaturas”.

administrador exitoso tanto en el ámbito de la empresa privada como en sus gestiones en el sector público. En las propuestas que formuló a través de los medios de comunicación se advierte su preocupación por el tema de la eficiencia<sup>9</sup>, arguyendo que su orientación correspondía con la idea de promover una “gerencia social”, que permitiera mejorar el nivel de vida de los habitantes de Medellín y hacer un manejo eficiente de los recursos de la ciudad.

En 1992 la idea de un empresario dirigiendo los destinos de la ciudad continuó al orden del día y seguía teniendo fuerza en la opinión pública. En este caso el papel sería encarnado por el candidato de la llamada Antioquia Unida, el conservador Luis Alfredo Ramos. En la presentación de su programa, manifestó que los principios que orientarían su administración serían los de eficiencia, capacidad y competitividad. Su idea era la de llevar a cabo una administración de corte empresarial. De igual manera, el candidato liberal, Aurelio Aguirre Sanín, proponía como lema de su campaña “Medellín nuestra gran empresa”, colocando su propuesta política en el mismo horizonte gerencial<sup>10</sup>.

En los procesos electorales de 1994 y 1997, el ideal gerencial fue encarnado por el liberal Alvaro Vásquez Osorio y por Fernando Urrea respectivamente. El primero de ellos se mostraba como un candidato de perfil más técnico que político, resaltando el carácter programático de su campaña por encima de los acuerdos políticos con otros grupos. Sostenía que la mejor manera de gobernar era aplicando las estrategias y principios de calidad, eficiencia, efectividad y productividad del sector privado. Por su parte, Fernando Urrea inscribió su candidatura a nombre de un movimiento independiente denominado “Una gerencia para Medellín” y dentro de su campaña se retomaron los postulados de la administración y del *marketing*.

Como puede verse, la etiqueta del “alcalde-gerente” se generalizó en los discursos políticos de la ciudad y se convirtió en un recurso por medio del cual algunos candidatos estructuraron sus programas de gobierno. Su utilización captó el interés de muchos electores. Sin embargo, ¿qué explica la disparidad en los resultados electorales obtenidos por quienes se postulaban como “gerentes” para la ciudad? Lo

---

9 “(...)un gerente tiene que pensar en la eficiencia en la utilización de los recursos financieros, humanos, técnicos; tiene que trabajar en función de objetivos, tiene que trabajar con base en un programa, en una planeación que evite improvisaciones(...)”. *El Mundo*, Medellín, 11 de marzo, 1990, p. 3B.

10 En esta oportunidad algunos candidatos al Concejo le apuntaron a la misma estrategia al intentar mostrar en sus programas un perfil más técnico que político, recurriendo con frecuencia a discursos como el de la calidad total y la gerencia social.

que indica el comportamiento electoral en Medellín es que para tener éxito es fundamental hacerse a una buena “etiqueta” pero concitando el apoyo expreso y decidido de las maquinarias electorales de los partidos tradicionales. El papel de la etiqueta y del discurso que la sustenta es “crear” imagen, captar la atención de sectores de opinión cuya decisión de voto no responde a su adscripción a un partido específico. La maquinaria electoral se hace cargo de publicitar esa imagen, de brindar todos los recursos financieros y logísticos que aseguran que más allá de la intención de voto, el ciudadano depositará su sufragio favorablemente. En los casos de Omar Flórez y Luis Alfredo Ramos es seguro que el “perfil gerencial” de los candidatos influyó, pero sin duda esta influencia dio resultado gracias a que gozaban del pleno respaldo de los diversos sectores de sus partidos. La imagen de los candidatos es potenciada por la unidad del partido de apoyo. En estos dos casos particulares, el reconocimiento de la opinión pública se unía a la condición que ambos candidatos tenían de ser “hombres de partido”, dirigentes que habían construido su trayectoria al interior de los directorios oficiales o en algunos de sus matices significativos en la ciudad. Lo que hace la maquinaria en estos casos es potenciar la imagen del candidato, elemento al que no pudieron acceder ni Alvaro Vásquez, dentro del liberalismo, ni mucho menos Fernando Urrea como candidato independiente.

## **2. Propuestas de superación del malestar con los partidos**

Los partidos políticos no han sido ajenos al desgaste del que se les acusa. Por el contrario, en la pasada década sabían del malestar de la ciudadanía con ellos al tiempo que apelaban a diferentes discursos, nuevos o *reencauchados*, que en todo caso les servían para continuar manteniendo importantes niveles de dominio electoral.

Estos discursos venían tanto desde los partidos políticos tradicionales como desde las otras alternativas políticas. En unos casos se trataba de superar las divisiones políticas proponiendo candidatos “suprapartidistas”, como fue usual en el conservatismo. En otros se hablaba de recuperar y fortalecer a los partidos políticos por su importancia para las democracias contemporáneas, discurso que fue enarbolado sobre todo por algunos sectores liberales. Y en los casos más extremos, la idea era reemplazar a los partidos políticos tradicionales por algo diferente.

### **2.1 La recurrencia de los conservadores al suprapartidismo**

Uno de los discursos políticos que se desplegaron a lo largo de los noventa en el país por parte de distintos grupos políticos y sociales fue el del suprapartidismo. El malestar con los partidos políticos condujo a que muchos de quienes aspiraban a

presentarse como opciones electorales lo hicieran rescatando el carácter de personajes por encima de los partidos. La cuestión aludía en cierto sentido a la idea de que las divisiones de la sociedad debían ser superadas u ocultadas ante los problemas graves que la aquejaban. En nuestro caso la recurrencia al suprapartidismo guardaba además una importante relación con la estrategia electoral de apelar al apoyo de todos los sectores de la sociedad, incluidos los partidos políticos.

El tema en Colombia ha sido mirado desde diferentes ópticas. Una visión celebra su aparición y la relaciona directamente con el surgimiento de procesos democratizadores, especialmente con la irrupción del fenómeno de los cívicos que tuvo tanto auge en el país en las elecciones locales de 1988 y 1990. Otra mirada menos optimista del problema lo lee como el afán de los partidos políticos tradicionales de mantenerse en el poder utilizando para ello propuestas políticas “amplias”, dentro de las cuales ellos siguen siendo los principales actores y siguen controlando de hecho la mayoría de las alcaldías del país. De cualquier manera, los analistas coinciden en señalar el carácter básicamente electoral de la mayoría de las coaliciones y las opciones suprapartidistas que han pululado en Colombia en los últimos años<sup>11</sup>.

En el caso de Medellín el comportamiento de conservadores y liberales ha sido bastante diferente respecto al tema. El discurso de los conservadores, copiando a escala local lo que ha pasado con el partido en el nivel nacional, ha sido el de las grandes coaliciones suprapartidistas. En las elecciones para alcalde celebradas en la ciudad éstos no se han presentado como “conservadores”, sino generalmente como candidatos “más allá de los partidos”, como aglutinantes de diversas propuestas<sup>12</sup>.

En las dos primeras elecciones populares de alcaldes no estuvo ausente este rasgo, que fue recogido en esas ocasiones como estrategia publicitaria de la campaña

---

11 Para una caracterización de las coaliciones en el país véase: Pilar Gaitán. *Poder local. Realidad y utopía de la descentralización en Colombia*. Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos-Tercer Mundo Editores, 1992. En este texto se ofrece una definición mínima de coalición como una “(...)forma de participación que puede entenderse como un pacto o alianza, por lo general coyuntural, entre distintos partidos, fracciones de los mismos o movimientos sin estructura organizativa que se unen en torno a un programa (...)con miras a conquistar una posición política de importancia”. p. 106.

12 El suprapartidismo en la ciudad ha sido defendido además por otros sectores que ven en los partidos políticos tradicionales el origen de todos los males de la sociedad. Uno de esos sectores es el de los empresarios que en 1994 apoyaron las candidaturas de Gustavo Villegas a la Alcaldía de Medellín y Alvaro Uribe Vélez a la gobernación de Antioquia con un aviso publicitario en el que se leía: “*el hombre y su programa por encima de los partidos*”.

y se asociaba con el rótulo de candidatos cívicos. Pero la coalición conservadora más exitosa electoralmente en la década de los noventa fue la llamada Antioquia Unida. Al igual que en el caso nacional, la propuesta se presentaba en el departamento y la ciudad en 1991 como una fórmula electoral para aglutinar diversos sectores y como consecuencia inmediata del discurso constitucional que comenzaba a difundirse por el país.

El “acuerdo político”, suscrito en agosto de 1991 y firmado por dirigentes políticos del país como Francisco Rojas Birry del Movimiento Indígena, Gloria Quiceno de la AD M-19, Fabio Valencia Cossio y Luis Alfredo Ramos, entre otros, aludía a aspectos como la necesidad de implementar en el Departamento de Antioquia un “nuevo modelo de desarrollo integral”, de consolidar una “nueva visión política como fundamento de paz”, forjar una administración “programática, eficiente y honesta”, y negar “por opuestas al bien común las viejas prácticas de clientelismo, demagogia y la exclusión, pues somos contrarios a los monopolios políticos en cualquiera de sus manifestaciones”<sup>13</sup>. Todo ello como preámbulo para la proclamación de Juan Gómez como candidato a la Gobernación de Antioquia.

El discurso suprapartidista de “Antioquia Unida” se retomó en el proceso que llevaría a la alcaldía a Luis Alfredo Ramos. Un ejemplo del ideal de candidato que por entonces se sugería puede leerse en la propuesta de la Alianza Democrática M-19, que desde un principio hacía parte de la coalición: “Necesitamos un ciudadano sin importar que sea liberal o conservador o comunista, sin partido, con capacidad de convocar, de unir esfuerzos y voluntades de todos los sectores disímiles que componen esta sociedad para conciliar las dos ciudades y a todos los ciudadanos con el Estado”<sup>14</sup>. Nótese además el afán de unidad y la pretensión de eliminar las diferencias que subyace a una propuesta como ésta.

La idea de la gran coalición suprapartidista funcionó electoralmente en 1992 con un candidato en el que se combinaron los dos discurso de los que hemos hablado: el del “alcalde-gerente” y el del candidato suprapartidista. Las primeras palabras de Luis Alfredo Ramos como alcalde de la ciudad dejaban ver ese doble carácter del discurso: “Soy un alcalde por encima de los partidos y no representaré a ninguno de ellos. Voy a hacer la administración que señalé desde el primer día, porque es un

---

13 *El Colombiano*, Medellín, 17 de Agosto, 1991, p. 8A.

14 *El Colombiano*, Medellín, 1 de Diciembre, 1991, p. 6A. Cabe anotar que la Alianza Democrática M-19 ha estado ligada en la ciudad y el departamento a las alianzas o coaliciones promovidas por los conservadores desde el nacimiento de la llamada Antioquia Unida, pacto del que hicieron parte en 1991, hasta la elección en 1997 de Juan Gómez como alcalde de Medellín.

compromiso con todos. La política que la hagan las personas que quedan en los directorios”<sup>15</sup>.

El discurso del candidato por encima de los partidos y de las grandes coaliciones se mantuvo en las elecciones de 1994 y 1997. En estos casos no obstante, sobre todo en 1997, la estrategia comenzó a mostrar cierto agotamiento y se perfilaron candidaturas más partidistas. La llamada Antioquia Unida que funcionó como tal hasta los comicios de 1994 era cada vez más reducida a los grupos conservadores de la ciudad que habían decidido no abandonar la Alcaldía de Medellín<sup>16</sup>.

En ésta y las anteriores ocasiones, a pesar de que la coalición estaba integrada por distintas fuerzas políticas, el candidato siempre fue de alguno de los grupos conservadores de la ciudad, básicamente de la Fuerza Progresista del Coraje o del Unionismo Conservador, los grupos políticos que han ocupado cuatro de las cinco alcaldías populares de la ciudad y que terminan la década siendo mayoría en el Concejo. En ese sentido la declaración de principios y el “acuerdo político” perdían peso y se dejaba ver que detrás de la “gran coalición” se encontraba el interés de recuperar y mantener para el conservatismo la Alcaldía de Medellín. El uso de viejas prácticas políticas como el guiño hecho por Fabio Valencia Cossio en el proceso electoral de 1992 a Ramos Botero y Alfonso Nuñez Lapeira ejemplifica lo que acabamos de describir<sup>17</sup>.

Lo cierto es que los conservadores, en su condición de “minoría electoral” sacaron un mejor provecho del discurso suprapartidista que atravesó la política del país a lo largo de los noventa. Al final de la década, la ciudad, el departamento y el

---

15 *El Mundo*, Medellín, 9 de Marzo, 1992. p. 3A.

16 A pesar de ello, el discurso no varió hasta las últimas elecciones de la década. Durante éstas el candidato conservador Juan Gómez afirmaba: “Mi candidatura no tiene dueño. Acepto por la comunidad sin compromiso con ningún movimiento político, gobernaré con todos”. *El Colombiano*, Medellín, 24 de Junio, 1997.

17 En una carta de Fabio Valencia Cossio al gobernador electo Juan Gómez publicada por el periódico *El Mundo* el 12 de diciembre de 1991 puede leerse lo siguiente: “Nada sería más provechoso que el encontrar un Alcalde para Medellín que armonice con el Gobernador de Antioquia en programas de cambio y sólo piense en el bienestar de la comunidad por encima de cualquier consideración. Hemos analizado algunos ilustres nombres y vemos con agrado y simpatía que los doctores Luis Alfredo Ramos Botero y Alfonso Nuñez Lapeira, vienen ganando el favoritismo en amplios grupos de opinión(...)”. Por encima de la política democrática del discurso seguía teniendo mucho más peso el guiño de un político de la región reconocido en el ámbito nacional.

país son gobernados por personajes de extracción conservadora pero que prefieren ser vistos como candidatos suprapartidistas, y que, en ocasiones, se muestran como gobernantes “por encima de los partidos”.

## 2.2 Los dilemas del liberalismo

Otro de los discursos a los que se apeló en la pasada década con el fin de superar *el malestar con los partidos políticos fue el del fortalecimiento de éstos como organizaciones*. La premisa de la que se partía en este caso era la de la necesidad de consolidar partidos modernos y democráticos en el país, con la capacidad de cumplir las funciones que en occidente se han asignado a estas organizaciones. Aunque esta idea se venía manejando desde varias décadas atrás, en los años noventa se insiste mas constantemente en ella quizá porque el malestar con los partidos políticos se había vuelto más evidente.

La idea se desprendía del diagnóstico que algunos politólogos elaboraron sobre el tema y que apuntaba fundamentalmente a mostrar que en Colombia nunca han existido partidos modernos sino “subculturas diferenciadas pero complementarias”. Más que partidos, según esta visión, lo que tenemos son “temperamentos políticos” y “familias espirituales”. La sugerencia que de esto se desprendía era la de la necesidad de consolidar partidos fuertes, que realmente representaran intereses de la sociedad, y no simplemente empresas electorales<sup>18</sup>.

Los cambios normativos que se hicieron durante la década recogían, de alguna manera, ese diagnóstico y contribuían a perfilar el discurso del rescate de los partidos por la vía de su modernización y de su unidad organizativa. El primer paso que se dio en ese sentido fue el de incluir, por primera vez en la historia constitucional colombiana, a los partidos políticos en el Título IV de la Constitución Política de 1991.

La exposición de motivos del proyecto de ley que daría paso al “Estatuto básico de los partidos y movimientos políticos” aludía a que aquella tendría tres objetivos fundamentales: institucionalización, democratización<sup>19</sup> y modernización:

---

18 Véase: Pierre Gilhodes. “Sistemas de partidos y partidos políticos en Colombia”. En: Oscar Delgado y otros. *Modernidad, democracia y partidos políticos*. Santafé de Bogotá, FIDEC-FESCOL, 1993.

19 El objetivo de incidir en la organización interna de los partidos políticos, obligándolos a asumir principios democráticos en su funcionamiento, fue declarado inexecutable en la revisión de constitucionalidad porque reñía con el artículo 108 de la Constitución Política. Véase: Sentencia C-089 de marzo de 1994. Magistrado ponente: Eduardo Cifuentes Muñoz.

Con la institucionalización, se busca fortalecer la presencia nacional de los partidos para que en lo posible la política se realice en el interior de organizaciones actuantes y transparentes, que se consoliden como protagonistas de las grandes decisiones del país. Con la democratización se espera una participación amplia e igualitaria de las fuerzas políticas, estimulando simultáneamente a los afiliados de los distintos partidos a intervenir en la organización, el control y la toma de decisiones. Finalmente, con la modernización, se pretende que los partidos superen su tradicional estructura de cuadros y se transformen en amplios canalizadores de la opinión nacional<sup>20</sup>.

Antes y después de la promulgación del “Estatuto básico de los Partidos y Movimientos Políticos”, ley 130 de 1994, los partidos tradicionales invocaron el discurso de la modernización y del fortalecimiento interno. Tanto en el país como en Medellín fueron los liberales oficialistas quienes más apelaron a éste recurso, sin que ello quiera decir que los conservadores no hallan acudido a él.

Particularmente en Medellín las campanas de la unidad y el fortalecimiento del partido comenzaban a sonar cada que se acercaban los comicios. Una y otra vez se repetían las propuestas de mecanismos amplios y democráticos para elegir al candidato único a la Alcaldía de la ciudad por parte de algunos de los grupos en que se encontraba dividido el liberalismo. El derrotero en las elecciones para alcalde comenzaba generalmente de la siguiente forma: alguno de los grupos presentaba públicamente una propuesta en la que se mencionaban precandidatos del partido, se hablaba de la necesidad de llegar unidos a los comicios y se proponían mecanismos, comenzando generalmente por el de la consulta popular.

Algunas circunstancias podían cambiar en el camino. Los mecanismos para elegir el candidato se hacían siempre menos amplios y democráticos terminando a veces en una elección del candidato por parte de pequeños grupos políticos o de notables. Pero en lo que siempre se insistía hasta el final era en la idea de llegar a los comicios para alcalde con un candidato único. A ese respecto, se veía al suprapartidismo como una fórmula nefasta y como recurso característico de los grupos o partidos minoritarios para acceder al poder político<sup>21</sup>. Estos llamados a la unidad casi siempre

---

20 Humberto de la Calle Lombana. “Proyecto de ley. Estatuto básico de los partidos y movimientos políticos (exposición de motivos).” *Política Colombiana*. Volumen II, No 4. Santafé de Bogotá, 1992, p. 61. La ley fue aprobada en marzo de 1994, reglamentando asuntos como el reconocimiento de la personería jurídica, la financiación de la actividad política de estas organizaciones, la participación de los afiliados, el acceso a los medios de comunicación y los derechos de la oposición, entre otros.

21 “El partido conservador accedió a este recurso por su condición de minoría y en vez de fortificar sus tesis y propuestas ha corrido por el camino más fácil: vender figuras y no

estuvieron acompañados de una invocación de las “mayorías liberales” y de las nociones de fidelidad y respeto de las jerarquías del partido. Con ello se apelaba a la supuesta existencia de un electorado fiel y al comportamiento disciplinado de aquellos que asumieran la representación del partido más que a los propósitos tendientes a democratizar la organización.

Los liberales oficialistas también apelaron con frecuencia al discurso de la modernización y la reestructuración del partido, recurso al que generalmente acudieron una vez terminados los comicios y sobre todo cuando los resultados les eran adversos. De ello es ejemplo el siguiente aparte del discurso del entonces jefe del Directorio Liberal de Antioquia, luego de la derrota en las elecciones para gobernador de Antioquia en octubre de 1991: “Yo también me voy a modernizar. Nos vamos a encerrar dos días con especialistas en mercadeo y en sociología política, nos vamos a tecnificar para establecer lo que ha pasado y lo que tenemos que hacer en el futuro(...)”<sup>22</sup>. Las constantes derrotas de los liberales en la Alcaldía de Medellín y en otras ciudades importantes hicieron que desde la Dirección Nacional Liberal se propusiera una y otra vez reformar los estatutos del Partido con el propósito, entre otras cosas, de frenar la explosión de listas mediante la restricción de avales, buscar un sistema democrático de selección de candidatos y respetar la jefatura nacional del Partido.

Ante los llamados de la Dirección Nacional Liberal o del Directorio Liberal de Antioquia a la disciplina, a la unidad o a la modernización pocas veces se dieron respuestas positivas en la década pasada en Medellín. Ello tal vez se deba a dos circunstancias. Primero, las intervenciones de la Dirección Nacional Liberal —que en ocasiones presentaba tantas fisuras como las expresiones regionales del partido— se dieron siempre en forma de mediación entre los intereses de las diversas jefaturas de las facciones locales y nunca como un modo de establecer disciplina dentro de la organización. Incluso esas intervenciones muchas veces contrariaban los propósitos discursivos de unidad y modernización al delinear estrategias electorales como la

---

programas.” Palabras del dirigente liberal Ramón Elejalde. *El Mundo*, Medellín, 24 de Julio, 1994, p. 3. Las palabras de Bernardo Guerra al respecto dejan ver también el discurso de oposición al suprapartidismo, aunque por otras razones: “(...) nos oponemos al suprapartidismo, porque los partidos son el canal de la opinión que la democracia ha ideado para que se manifieste el pueblo, que la misma constitución y la ley recogen fortaleciendo a los partidos y a los movimientos políticos”. *El Mundo*, Medellín, 3 de Septiembre, 1994, p. 11. Nótese que el discurso constitucional ha servido tanto para atacar a los partidos políticos como para defenderlos.

22 *El Mundo*, Medellín, 17 de Noviembre, 1991, p. 8.

denominada “operación avispa”, propuesta por el expresidente López Michelsen en 1991 para las elecciones parlamentarias de ese año y practicada por el liberalismo local desde 1992. Dicha estrategia resultaba más o menos efectiva para mantenerse en el Concejo, pero al tiempo socavaba las posibilidades de fortalecimiento interno del partido.

Y segundo, el Directorio Liberal de Antioquia, que durante varias décadas aglutinó a un importante sector del liberalismo en la ciudad y el departamento, fue perdiendo credibilidad al ritmo en que se iban desprendiendo de él nuevos grupos elección tras elección. La práctica de algunos dirigentes importantes dentro del partido de apoyar las opciones conformadas en torno a candidatos conservadores, contrariando las directrices oficialistas, expresa en parte esa pérdida de credibilidad. Los casos más sonados fueron los de Alvaro Uribe en 1992, adhiriendo a la campaña de Luis Alfredo Ramos, y Omar Flórez en 1994, sumándose a Sergio Naranjo. En uno y otro caso estos personajes recibieron el calificativo de “traidores” por parte de los sectores oficiales del liberalismo. Así las cosas, el recurso retórico a la disciplina, la unidad o la modernización funcionó en escasas oportunidades entre los otros grupos políticos liberales, lo que afectó en muchas oportunidades sus aspiraciones electorales sobre todo en el caso de la Alcaldía.

Gary Hoskin argumenta que los partidos políticos buscan modernizarse cuando están en procura del poder. Cuando lo consiguen dejan de hacerlo y se congelan<sup>23</sup>. En el caso del liberalismo, la búsqueda del poder de ciudades como Medellín lo hizo portador en la pasada década del llamado al fortalecimiento del partido. En lugar de ello, y por circunstancias que se han mencionado, la constante del liberalismo en los noventa fue la fragmentación y el permanente desacuerdo entre sus dirigentes políticos, la permanencia de estructuras informales y de personajes más importantes que la organización.

### **2.3 La irrupción de las otras alternativas**

A lo largo de la década de los noventa los colombianos asistimos una y otra vez a la supuesta defunción de los partidos políticos a expensas de los llamados independientes, de las terceras fuerzas o de lo que la Registraduría Nacional del Estado Civil denominó como “otras opciones”. El entusiasmo que produjeron los buenos resultados de la Alianza Democrática M-19 en las elecciones para conformar

23 Gary Hoskin (con la colaboración de Patricia Pinzón). “Los partidos políticos en Colombia y la crisis coyuntural”. En: Patricia Vásquez de Urrutia (compiladora). *La democracia en blanco y negro: Colombia en los años noventa*. Santafé de Bogotá, UNIANDES, Cerec; 1989, pp. 199-226.

la Asamblea Nacional Constituyente en 1990 y en las elecciones parlamentarias de 1991<sup>24</sup> hizo pensar a algunos que estábamos ante el quiebre definitivo del sistema político tradicional<sup>25</sup>.

Como se sabe, el entusiasmo duró poco y la caída fue estrepitosa. Las elecciones parlamentarias de 1994 trajeron con sígo la recomposición del bipartidismo y la postergación, una vez más, de la consolidación de una tercera fuerza política que al menos inquietara el sistema de partidos colombiano. En este como en otros casos el marco y el discurso constitucional fueron instrumentalizados por los actores tradicionales para repositionarse en el espectro político:

Lo paradójico, sin embargo, viene representado por el hecho de que la reactivación posterior de las lógicas políticas tradicionales ocurriera no sólo contra la voluntad manifiesta del constituyente, sino precisamente a partir de la normatividad formalmente consagrada en la nueva carta; operaciones “avispa” propiciadas por la circunscripción nacional; incremento del tráfico de bienes y servicios a partir de la descentralización política y fiscal (...); establecimiento de mecanismos de participación ciudadana con posibilidad de ser activados sólo a partir de grandes movilizaciones o de organizaciones sociales consolidadas; prohibición de la injerencia estatal y legal en la organización interna de los partidos, etc.<sup>26</sup>

La recomposición del sistema bipartidista en el ámbito nacional no fue sin embargo obstáculo para que el discurso de los independientes, de los sin partido y en muchos casos de los “anti-partido”, se extendiera por el país y se instalara especialmente en las grandes ciudades. El caso más sonado ha sido sin duda el de

---

24 Consuelo Ahumada sostiene una posición diferente sobre la participación de este grupo político en las elecciones para Senado de 1991: “En la composición del Congreso tampoco se presentaron cambios reales. Pese al clamor sobre la necesidad de renovación que inspiró la revocatoria del mandato del Congreso ordinario y la convocatoria del nuevo, el predominio del bipartidismo tradicional permaneció casi intacto. Los liberales y conservadores siguieron controlando tres cuartas partes del Senado y cuatro quintas partes de la Cámara de representantes. El grupo AD-M 19, por su parte, sólo obtuvo un diez por ciento de los votos, un claro retroceso frente al veintisiete por ciento logrado en la constituyente” En: Consuelo Ahumada. *El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Santafé de Bogotá, El Ancora, 1996, p. 179.

25 “Por primera vez en la historia política colombiana un movimiento político lograba colocar contra la pared las instituciones tradicionales del establecimiento”. Jaime Nieto. “La alianza democrática M-19 y la crisis del bipartidismo en Colombia”. *Relecturas*. No. 23. “Nuevos movimientos políticos. Entre el ser y el des-encanto”. Medellín, Instituto Popular de Capacitación, 1997, p. 150.

26 William Fredy Pérez. “Constitución y partidos políticos”. Medellín, Instituto de Estudios Políticos, documento inédito, 1998.

la capital de la República. La llegada en 1994 de un filósofo y matemático al segundo cargo más importante del país sin maquinaria política alguna y utilizando los símbolos como estrategia electoral, se convirtió en el fenómeno que muchos estaban esperando para ejemplificar el triunfo de los "otros" y para argumentar que un nuevo tipo de votante y una nueva forma de hacer política habían hecho su aparición en el país o al menos en las grandes ciudades<sup>27</sup>.

Para el caso de Medellín no han faltado los trabajos que tratan de mostrar cambios significativos referidos a la política local. La siguiente hipótesis central de Pablo Emilio Angarita deja ver esa intención:

En el Medellín metropolitano, al igual que en el resto del país, los partidos políticos atraviesan una profunda e irreversible crisis cuyas causas no son ni exclusiva ni principalmente de origen interno. Simultáneo con ello, en el seno de la sociedad vienen surgiendo nuevos movimientos que incursionan en la vida política o movimientos políticos que tratan de fusionarse con movimientos sociales en una amalgama que genera nuevas vivencias de la política y en donde lo público no pasa necesariamente por el control del Estado, lo cual abre nuevos horizontes a la cultura política predominante<sup>28</sup>.

Análisis más remozados argumentan que en el Medellín de los años noventa a la par con las formas de representación tradicionales se vienen proponiendo nuevas formas de representación, formas de intermediación política encarnadas en las organizaciones sociales<sup>29</sup>. En este caso no se niega que el respaldo de los partidos

---

27 La hipótesis que a lo largo de la década pasada trató de ilustrarse fue la de la existencia en el país de una tendencia urbana a un voto más independiente y un voto rural más partidista. Los trabajos de Patricia Pinzón de Lewin se han orientado en esa dirección. Andrés Dávila sostiene que aunque en las grandes ciudades, en especial en Bogotá, se desarrollaron elementos de una campaña moderna, refiriéndose a los comicios de 1997, ("...") el conjunto del escenario local y regional está todavía inmerso en la gramática tradicional de las campañas políticas, independientemente de que los candidatos pertenezcan a los tradicionales o a los cívicos". Andrés Dávila. "Las elecciones del 26 de octubre. ¿Cómo se reprodujo el orden local y regional?" En: Andrés Dávila y Ana María Bejarano (Comp.) *Elecciones y democracia en Colombia*. Santafé de Bogotá, UNIANDES-Fundación Social, 1999.

28 Pablo Emilio Angarita. "De la crisis de los partidos políticos a la emergencia de nuevos movimientos sociales: el caso de Medellín". *Relecturas* No. 23. *Op. cit.* p. 159.

29 Ana María Jaramillo, Ramiro Ceballos y Marta Villa. *En la Encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Medellín, Corporación Región, 1998. Sobre este asunto en particular véase especialmente el capítulo cuarto titulado "La política, su representatividad y sus representaciones". pp. 155-198.

políticos sigue siendo importante, al menos el aval para buscar una curul en el Concejo.

La composición de los “otros” en la ciudad, por lo menos de aquellos que han participado en las elecciones, ha variado bastante desde los comicios de 1988. En esa oportunidad, para tomar el caso de las elecciones para Concejo, cuatro planchas fueron postuladas respectivamente por la Unión Patriótica, el Partido Blanco, el Partido Verde y el Movimiento Metapolítico. Hasta entonces dominaban entre éstos, las opciones de Partido. Cada una de estas organizaciones se proponía representar unos problemas de la ciudad y se reconocía en ellos cierta trayectoria en la política local y nacional. Desde 1992, y sobre todo en las últimas dos elecciones, la composición de los “otros” comienza a ser menos clara, incluyendo dentro de esta categoría por lo menos cuatro tipos de organizaciones: las opciones de “partido” que mencionábamos arriba, organizaciones religiosas, organizaciones étnicas y organizaciones de tipo barrial o sectorial. El ideario ya tradicional del “otro” cómo aquel que había padecido una exclusión crónica y que hacía esfuerzos por acceder a los escenarios de representación no es siempre una descripción precisa al aludir a este amorfo y heterogéneo grupo.

La reconstrucción del discurso de las otras alternativas en la ciudad resulta bastante complicada por la multiplicación de éstos. En muchas ocasiones éste respondía a las reivindicaciones particulares de cada sector o cada grupo. No era extraño ver entonces que en las propuestas de los taxistas, los homosexuales, los ecológicos o cualquiera de los otros sectores primaran las demandas por los derechos que emanaban de su condición. En casos como los de la Unión Patriótica o la AD-M19 el discurso solía ser más general y abstracto, apelando a principios como el de la democracia, la libertad o la igualdad. Ese discurso se concretaba en cada ciudad pero de todas formas seguía siendo más general que el de los movimientos de más reciente aparición.

Para unos y otros, el marco general de ese discurso en los noventas se alimentaba de los preceptos de la Constitución Política de 1991: la apelación a los derechos humanos, a los mecanismos de participación ciudadana, a la protección del medio ambiente, al respeto por la diferencia, entre otros, configuraban esa “constitucionalización” del discurso, que de todas formas no fue exclusivo de los “otros”, siendo en muchas ocasiones utilizado por políticos liberales y conservadores.

La incursión creciente de estas opciones en la política electoral fue, en parte, una manera de responder al malestar con las formas tradicionales de hacer política que para ellos encarnan los partidos tradicionales:

(...)El aparato partidista termina siendo satanizado por los ciudadanos: se les condena como fuente de 'contaminación política', como símbolo de lo viejo. La representación de la política llega a ser otra: se le asocia con lo malo, lo corrupto, lo podrido, lo inmoral. La salida para muchos no es por tanto partidista. No se trata de transformar los partidos y fortalecerlos, sino de acabarlos y reemplazarlos por algo nuevo<sup>30</sup>.

En un grado menor que en otras ciudades, el discurso y la presencia de las otras alternativas políticas tuvo una incidencia importante y un efecto en la política de Medellín en los noventas. El notorio aumento en el número de listas presentadas a lo largo de la década y en la composición del Concejo indica que éste discurso tuvo sus efectos, que de todas maneras, como se verá en el siguiente numeral, todavía no están cerca de la aparición de una "nueva cultura política" o de la muerte del bipartidismo.

Las posibilidades de que los discursos de los partidos tradicionales o de las otras alternativas fueran eficaces dependían tanto de la coherencia interna de éstos como de las posibilidades de tener ciertos recursos que ayudaran a potenciarlos. Que los discursos funcionaran no significó necesariamente que el malestar con los partidos políticos fuera menor; la intención era obtener buenos resultados utilizando discursivamente los contenidos del malestar con fines electorales.

### 3. De los discursos a los resultados

Una mirada de los debates electorales acaecidos en la ciudad en la última década nos permite situar tanto a los actores tradicionales como a los "nuevos actores de la

---

30 Fabio Velásquez C. "Una mirada desde Cali". *Nuevas formas de participación política*. Serie Debate Político, Santafé de Bogotá, IEPRI-FESCOL, 1996, p.44. Analizando el caso de Cali, Fabio Velásquez intenta mostrar que la consecuencia de esta satanización de los partidos tradicionales es que la política y la participación se corporativizan al correr por los cauces informales de las organizaciones de base, las ONGs, etc. Sin embargo lo que parece desprenderse de la lectura del mismo texto es que las alternativas reales de disputarle el poder a los políticos tradicionales en Cali fueron en los noventas menos factibles que en décadas anteriores, aunque estos intentos hallan sido coyunturales como lo advierte el autor: "Un fenómeno importante es la aparición coyuntural de movimientos alternativos, de corte populista, que crecieron como espuma y rápidamente desaparecieron de la escena política: En 1972 la ANAPO logró el 30% de la votación para el Concejo. En 1978 y 1980 el movimiento cívico del cubano José Pardo Llada logró la votación más eficiente (35%), superando al liberalismo (...). Finalmente en 1988 el Movimiento de Acción Social del periodista Henry Holguín, logró en la primera Elección Popular de Alcaldes el 27% de la votación frente al 29% del ganador, Carlos Holmes Trujillo". p. 39.

política” y la incidencia que unos y otros tienen en el escenario local. Seguramente la participación electoral no es el único y ni siquiera el mejor indicador para mostrar la presencia de los llamados “nuevos actores”; tal vez ellos acusan una grave desconfianza frente a las elecciones como el ámbito de participación esencial en la democracia, pero acaso tenga también validez la idea de que las otras formas de participación directa con el ánimo de influir en la toma de decisiones –preferentemente en el plano local– estén de moda pero carezcan de los efectos funcionales prácticos que los actores interesados esperan; en otras palabras, no siempre estos otros modos de participación obtienen los resultados que sus impulsores pretenden. No obstante lo anterior, y considerando el significado funcional de las elecciones, su análisis es una forma de mostrar que los espacios de decisión como el Concejo y la Alcaldía siguen siendo ocupados en su mayoría por liberales y conservadores, sin que ello pueda leerse como un fortalecimiento de estas agrupaciones como partidos.

En el caso de los comicios para la Alcaldía de Medellín la discusión es realmente poca. El dominio de los candidatos de los partidos tradicionales, especialmente del conservatismo, ha sido abrumador. Han triunfado en cuatro de los cinco procesos electorales, articulando a su alrededor fuerzas políticas de la más diversa filiación y postulando personas que ya habían construido una imagen ante la opinión pública y el electorado. La confluencia de estas circunstancias y el creciente acceso a los recursos burocráticos del municipio han hecho que, elección tras elección, el conservatismo se haga más autónomo con respecto a las demás fuerzas con las que ha formado coalición.

Los resultados de la participación de candidatos liberales en la elección de alcalde han estado sujetos a las veleidades del proceso de unidad de sus diversos matices. Las veces que han presentado candidato único, ha sido después de un largo proceso en el que los diversos grupos han pujado por imponer sus propias opciones, acarreado tanto un desgaste de la maquinaria como un cansancio en los potenciales electores. Con una unidad nominal, el liberalismo ha sacrificado opciones reales ante la alcaldía.

Las opciones que se han presentado por fuera de los partidos tradicionales han cambiado en su composición, cómo se ha indicado arriba, pero no en su efectividad electoral. A principios de la década priman todavía entre los “otros” las opciones de partido, caso del Partido Verde Colombiano, del Partido Socialista de los Trabajadores, de la Unión Patriótica y del Movimiento Metapolítico que, entre otros, se presentaron en 1992 a las elecciones para Alcalde. En 1997, dentro de las propuestas diferentes a las tradicionales, desaparecen estas opciones de partido y, en cambio, se generaliza la participación de los movimientos de carácter coyuntural, representando intereses particulares de organizaciones gremiales o de zonas y barrios de la ciudad.

Sin embargo en uno y otro caso los resultados de los “no tradicionales” fueron bastante pobres en las elecciones de alcalde. Estos movimientos han carecido de una articulación que les permita obtener buenos resultados. Las propuestas de los movimientos que han incursionado en los últimos años no han contado ni con una organización adecuada que les permitiera competir con las maquinarias de los partidos tradicionales ni con el suficiente reconocimiento de la opinión pública que les posibilitara sortear la primera debilidad.

En el caso de las elecciones al Concejo, que es donde se han fundado las posiciones más optimistas de la dinámica política de la ciudad, existen elementos que permiten hacer una evaluación del peso y las características de los tradicionales y de los “otros” en esta corporación. La primera variable de la que nos ocuparemos es la de la fragmentación, expresada en el número de listas presentadas por los grupos liberales, conservadores y las otras opciones, tal como se expresa en la siguiente tabla:

**TABLA 1** Número de listas inscritas por partido para las elecciones del Concejo de Medellín, 1988-1997

ELECCIÓN	P. Liberal	P. Conservador	Otros	TOTAL
1988	8	11	4	23
1990	11	13	12	36
1992	18	10	24	52
1994	22	17	13	52
1997	56	32	46	134

**Fuente:** Registraduría Nacional del Estado Civil

En términos globales, entre 1988 y 1997, el número de listas inscritas para el Concejo de Medellín se incrementó en una proporción tal que por cada lista presentada en 1988 fueron inscritas cinco listas adicionales en 1997. El mayor incremento se observa en la columna “otros” en donde se da una proporción de uno a once, el partido liberal tuvo una proporción de uno a siete y el partido conservador, cuyo comportamiento fue más oscilante, una proporción de uno a tres.

El partido liberal mantuvo un incremento regular de listas, elección tras elección, al ritmo en que se iba imponiendo la operación avispa. En las elecciones de 1988 y 1990 el número de listas correspondía al número de facciones de peso regional dentro de la organización del partido en el momento. De 1992 en adelante se impuso la

“operación avispa” como estrategia y cada directorio inscribió varias listas según el número de matices que lo conformaban. Esta situación derivó en que ya no sólo las facciones en que estaba dividido el partido postulaban sus propias listas sino que cada líder barrial o cada dirigente que había acumulado cierto caudal electoral hacía lo mismo con el aval del partido.

El Partido Conservador en la ciudad ha sido la organización que en términos absolutos se ha dividido menos. En 1988, presentan once listas, que responden en parte a la estrategia de zonificar la ciudad de forma tal que se pudiera tener un mayor control sobre la votación acercando al candidato con sus potenciales electores. En 1990, sufre un proceso de división que se expresa en la presentación de trece listas que ya no respondían a estrategias de zonificación sino a disputas internas dentro de la organización. Posteriormente termina imperando también dentro del conservatismo –aunque en menor escala– la dispersión de listas como una de las estrategias electorales.

En el caso de los “otros”, como ya se comentó, se inscribió el mayor número de listas durante las últimas cinco elecciones. Esto responde en gran medida a ese carácter amorfo y heterogéneo que han asumido las otras opciones en la ciudad en los últimos años, lo que no es otra cosa que el reflejo de la heterogeneidad y fragmentación de la misma sociedad.

Las razones de la multiplicación de opciones electorales que se refleja en la gran cantidad de listas presentadas en los últimos comicios son diversas. La más evidente de ellas es la ausencia de mecanismos para la selección del personal político que tomaría parte en las elecciones, lo que constituye, en teoría, una de las principales funciones de los partidos y movimientos políticos. De acuerdo con Eduardo Pizarro, esta función ha estado prácticamente ausente en el país en los debates electorales de la última década: “Hoy por hoy, los candidatos a los cargos de elección popular se presentan por si mismos, organizan sus equipos de campaña, diseñan sus estrategias electorales, recolectan fondos de manera autónoma y los partidos simplemente reparten avales a diestra y siniestra”<sup>31</sup>. Esto último es especialmente cierto para las elecciones a corporaciones públicas pero no tanto para los comicios de Presidente, gobernadores y alcaldes en los que el partido tiene mucha más incidencia en la selección de los candidatos.

---

31 Eduardo Pizarro L. “Colombia: érenovación o colapso del sistema de partidos”. Misión la política, Documento de trabajo, ESAP, Santafé de Bogotá, 1999, p. 34.

La consecuencia de esta ausencia de mecanismos es, según Pizarro, que sean los candidatos los que elijan el partido que les otorgará el aval y no al contrario<sup>32</sup>. En Medellín, y en general en las grandes ciudades, es el caso de los líderes comunitarios o de los integrantes de los directorios que han trabajado durante años para un determinado partido y que poseen ya un caudal político importante en un barrio o una comuna y consideran que ese caudal es suficiente para aspirar a una curul en una corporación como el Concejo; para hacerlo, eligen un determinado partido legalmente constituido que les pueda otorgar el aval y con ello les reduzca los costos de la participación.

Otra razón del aumento del número de listas puede encontrarse en la flexibilidad del sistema electoral colombiano que no fija topes ni para las listas que pueden inscribirse ni para el número de avales que puede otorgar un partido político. La utilización de estrategias como la de la "operación avispa" por parte de los liberales, tanto en el país como en la ciudad, no es otra cosa que la instrumentalización de esa flexibilidad con fines electorales.

Y finalmente existen razones que tienen que ver con antiguas disputas internas de los partidos tradicionales en el departamento y la ciudad, profundizadas en la última década. El caso más extremo es el del liberalismo que en 1999 contaba con 18 grupos, advirtiendo que en cada uno de éstos también podían existir divisiones<sup>33</sup>.

Por el lado de los "otros" su alta fragmentación responde, al menos, a dos consideraciones. De un lado, a la incursión de manera directa en las elecciones de gremios económicos que antes se hacían representar por una u otra de las facciones de los partidos tradicionales, como es el caso de los constructores. Este fenómeno, que no es exclusivo de una ciudad como Medellín, es sintetizado por Pizarro Leongómez de la siguiente manera:

En un contexto de crisis de representación de intereses colectivos, no puede extrañar que por ejemplo, sectores gremiales o sindicales busquen expresar sus intereses sin la mediación de los partidos. Una expresión clara de este fenómeno son las crecientes solicitudes de diversos sectores para conformar circunscripciones electorales especiales, no solo para las minorías étnicas o políticas, sino para el conjunto de los intereses organizados<sup>34</sup>.

---

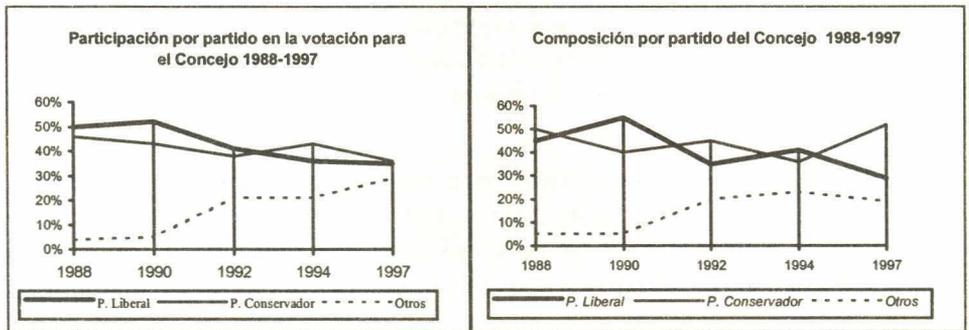
32 "(...) estamos entrando en una era dominada por verdaderos 'partidos de alquiler', en los cuales no es el partido quien selecciona a un candidato sino que son los candidatos quienes seleccionan a un partido" *Ibid.* p. 33

33 *El Colombiano*, Medellín, 6 de Septiembre, 1999, p. 6D.

34 Eduardo Pizarro *Op. cit.* p. 57.

De otro lado, a la presentación en 1997 de varias listas a nombre de comunidades étnicas, de grupos religiosos y sectores barriales de la ciudad. Si una de esas listas hubiera llegado al Concejo no representaría ni siquiera a la totalidad del gremio o sector que los postulaba, sino al grupo específico que lanzó su candidatura. Como se verá, ni estos ni muchos otros sectores de la ciudad lograron acceder al Concejo en gran medida por su alta dispersión<sup>35</sup>.

Esta mayor división de los liberales y de los “otros”, y el mayor grado de compactación del conservatismo en la ciudad ha permitido que, a la postre, éste sea mucho más efectivo y que al final de la década terminen siendo mayoría en el Concejo como se observa en la comparación de los siguientes gráficos.



**Fuente: Registraduría Nacional de Estado Civil**

Lo importante es mirar que en el contexto de una multiplicación de las opciones electorales como la que se ha presentado, una cosa es la votación obtenida y otra muy diferente la posibilidad de que esos votos alcancen representación. En 1988, el liberalismo, con el 50% de los votos alcanzó a ocupar el 45% de las curules del Concejo, mientras que el conservatismo que obtuvo el respaldo del 46% de los electores alcanzó el 50% de las bancas de la Corporación. Otro caso extremo es el de 1997, cuando el liberalismo obtuvo el favor del 35% de los electores pero sólo obtuvo el 29% de los puestos, mientras que los conservadores lograron el 52% de los escaños con el 36% de los votos que recibieron. Las otras alternativas que agregaron el 29% de los votos alcanzaron el 19% de las curules. Esto de alguna manera estaba premiando la estrategia de unidad moderada del conservatismo, al tiempo que castigaba la dispersión tanto de los liberales como de los “otros”.

35 De las 46 listas inscritas por opciones diferentes a los partidos políticos tradicionales, sólo 4 alcanzaron una curul en el Concejo en 1997. Esas cuatro planchas sólo recogían el 21.2% de los más de 70.000 votos consignados por estas alternativas.

Los liberales, que dominaron el Concejo en décadas anteriores, tuvieron que resignarse a alternar con los conservadores el dominio numérico de éste y a terminar los noventas con sólo seis concejales, cada uno de ellos perteneciente a grupos diferentes. Esto último se evidenció también en los debates electorales de 1992 y 1994, sobre todo en éste último año en el que nueve liberales llegaron al Concejo por nueve grupos distintos. Esto contrasta con lo que sucedía hasta 1990, cuando grupos como el Directorio Liberal de Antioquia de Bernardo Guerra Serna y el Directorio Liberal Departamental dirigido por William Jaramillo Gómez, lograban colocar en la corporación edilicia hasta dos y tres de sus candidatos. La “operación avispa” que en ocasiones funcionó, cómo en 1994, mantuvo a los liberales en el Concejo, a veces con más representantes que los conservadores, pero en todo caso con muchas dificultades para actuar como partido y hacer una labor de control a los alcaldes conservadores que han ocupado las últimas tres administraciones municipales.

Los conservadores han llegado a lo largo de la década con grupos más compactos al Concejo. Hasta 1990, el Directorio Conservador de Antioquia y los grupos más tradicionales eran los que con más eficacia actuaban en los comicios. En 1992, todavía persistían en el cabildo algunos grupos conservadores tradicionales pero comenzaban a tomar fuerza dos grupos surgidos entre finales de los ochentas y principios de los noventas: el Unionismo Conservador de Gabriel Zapata Correa y la Fuerza Progresista del Coraje orientado por Fabio Valencia Cossio. En 1997, el Unionismo logra llevar al Concejo las cuatro cabezas de listas que presentó, en tanto que el Coraje y Renovación Democrática, un grupo surgido para esos comicios y orientado por Sergio Naranjo Pérez, colocaron dos concejales cada uno. Los equipos políticos tradicionales dentro del conservatismo desaparecieron electoralmente de la escena local en un proceso similar al de los liberales, con excepción del DLA que mantiene un representante en el Concejo.

Hay que señalar que en una ciudad que lleva tres alcaldes conservadores consecutivos y donde los procesos de los comicios para Alcalde y Concejo tienen una relación tan directa, lógicamente eso tiene que reflejarse en la composición de ésta Corporación. No es casual que los tres grupos que tienen en 1997 una mayor representación en el Concejo, sean precisamente los grupos políticos de los últimos tres alcaldes de Medellín: Luis Alfredo Ramos del Unionismo, Sergio Naranjo de Renovación Democrática y Juan Gómez Martínez de la Fuerza Progresista del Coraje.

La curva que describe el comportamiento de los “otros” en el gráfico “Participación por partido en la votación para el Concejo 1988-1997”, es la más ascendente de todas, acercándose en 1997 a la curva de las listas liberales y conservadoras que en esas mismas elecciones presentan prácticamente un empate porcentual. Si se le compara con el gráfico que muestra la composición del Concejo entre 1988 y 1997

se observa un importante ascenso entre 1990 y 1992, pero una estabilización en los últimos tres comicios tendiente a la baja en 1997. Lo que muestra ésto es que, pese al importante repunte de los "otros" en términos de votación, su efectividad tendió a ser menor debido fundamentalmente a la gran dispersión de listas que presentaron en 1997. Mientras que en 1994, con 31.254 votos depositados por candidatos de "otras opciones", cinco de ellos llegaron al Concejo, en 1997 la votación fue de 70.625 por éstos mientras que las curules fueron cuatro. Al igual que los liberales, los "otros" parecieron adoptar, aunque no deliberadamente, una especie de "operación avispa" que les impidió obtener mejores resultados que los alcanzados.

Cabe señalar además que los "otros" que ocupan el Concejo finalizando la década difieren en su composición de aquellos que lo hacían hasta 1992. Hasta este año el grupo lo conformaban representantes de las expresiones locales de partidos políticos como la Unión Patriótica y la Alianza Democrática M-19, con excepción del Movimiento Cívico Cristiano C-4. En las últimas dos elecciones priman entre los "otros" movimientos de corte local como Medellín en Marcha, Universitarios Haciendo Nación y el Movimiento Acción Urbana, al igual que movimientos con presencia nacional como el C-4, el Movimiento Indígena y el Movimiento Discapacitados. En uno y otro caso se trata de grupos que defienden intereses bastante particulares como los de los constructores, los discapacitados, los indígenas, etc.

Lo que ésto deja claro es que la tendencia a la sectorización y a la fragmentación extrema de las opciones políticas, tanto en los "otros" como en los tradicionales, no se traduce necesariamente en una más amplia representación, entendida como la efectiva traducción de votos en curules. Tanto en lo que tiene que ver con los sectores sociales que lanzan sus propias listas como con los grupos políticos tradicionales parece dibujarse una tendencia: a los cargos de representación acceden aquellos que hagan un mejor uso de los discursos de moda, apoyándose en una efectiva maquinaria con recursos adecuados y reduciendo al máximo sus niveles de fragmentación. En esta dirección parece orientarse la política local al final de los noventa, al cerrarse la década con un Concejo mayoritariamente conservador y con unos buenos resultados para este partido en su desempeño en los procesos de elección de alcalde.

## **Conclusión**

Lo que se ha dicho hasta aquí permite señalar continuidades y cambios en la dinámica política local. Los discursos y las estrategias utilizadas para superar el malestar con los políticos y las organizaciones partidistas durante la década de los noventa tuvieron eficacia no tanto en la superación de dicho malestar como en la posibilidad de traducirlo en réditos electorales. Los discursos gerenciales y suprapartidistas

se confeccionaron en parte con elementos de este malestar y, combinados con viejas prácticas políticas, sirvieron sobre todo a los partidos tradicionales, y especialmente al conservatismo, para dominar las elecciones populares de alcalde y para cerrar la década con una mayoría importante en el Concejo.

Esto no trajo consigo la consolidación de los partidos como organizaciones, como pretendía uno de los discursos. Los partidos tradicionales se siguen organizando para las elecciones y allí continúan teniendo éxito. Los discursos y los partidos, se activan cuando se aproximan los comicios y en muchas ocasiones desaparecen con ellos. Lo que queda claro es la gran capacidad de adaptación de los partidos a las circunstancias adversas, contrario al supuesto carácter estático con el que se les ha caracterizado.

Más allá de la permanencia del bipartidismo<sup>36</sup>, no pueden ocultarse los cambios, en varios aspectos, en una corporación como el Concejo durante la década de los noventas. Los matices de dicho cambio deben resaltarse. Los concejales –por lo general individuos con un alto reconocimiento dentro de sus respectivas organizaciones– que permanecían durante cuatro y cinco periodos consecutivos se volvieron cada vez más escasos, cediendo el lugar a personajes de grupos políticos adscritos al bipartidismo que aparecen con posterioridad a la primera elección de alcaldes. Esto ligado con los modos en que se construyen los liderazgos al interior de estos grupos políticos, basados principalmente en la utilización de las imágenes que se crean para la opinión, ocultando en parte el respaldo del grupo. Otro cambio que cabe destacar es la emergencia de discursos y alternativas políticas diferentes a las que tradicionalmente habían ocupado el lugar de los “otros” con una más amplia participación en el Concejo. La tradicional presencia de representantes de la Unión Patriótica y posteriormente del AD M-19 fue sustituida progresivamente por opciones que recogían intereses de grupos étnicos y religiosos o de sectores económicos y barriales. Este cambio mostró en parte la utilización de discursos más particularistas pero con un mayor efecto en la opinión, lo que incrementó la votación depositada a favor de estas opciones. Cambios importantes pero que aún distan de la consolidación de una cultura electoral distinta a la que ha marcado la política de la ciudad.

36 Eduardo Pizarro sostiene que actualmente en Colombia se puede hablar de un bipartidismo atenuado en donde es claro el dominio electoral de los partidos tradicionales y en el que “(...) las minorías étnicas, religiosas pueden interpretar y representar diversos intereses de comunidades minoritarias dispersas en la geografía nacional, pero están lejos de constituir una fuerza coherente, con un proyecto nacional alternativo. (...) por otra parte, ni siquiera los movimientos políticos imbuidos de un discurso menos restrictivo han sido capaces de institucionalizar un proyecto estable, sea por factores endógenos, sea por factores exógenos.” Eduardo Pizarro. *Op. cit.* p. 53.